



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 20 JULIO DE 1941

NÚM. 47

EDITORIAL

LA PARTIDA DE LAS ARMAS

LA República del 14 de Abril, nacida entre la alegría, el entusiasmo y el agrado popular, desaprovechó y traicionó el instante propicio que se le ofrecía para realizar en España el movimiento que abriese nuevos y gloriosos cauces a la historia española, logrando, como dice José Antonio, aquellas «dos grandes cosas largamente anheladas: primero, la devolución de un espíritu nacional colectivo; después, la implantación de una base material, humana, de convivencia entre españoles».



La causa de esta defraudación fue la «mediocridad de charanga» de los hombres del 14 de abril y de los que colaboraron en fechas posteriores con la nefasta «República de perfil agrario», según frase feliz de Ortega y Gasset.

Mientras esta atmósfera de incapacidad y de renunciamento a la auténtica justicia social y a las misiones históricas iba esterilizando el palpitar vital de los españoles, convertidos en borreguiles rebaños de electores, las Instituciones que conservaban y representaban el sentido patriótico y la conciencia histórica, supieron callar y sufrir. Pero cuando se agravaron las circunstancias y subió al poder un gobierno vendido a la internacional comunista, que desde el primer momento se dedicó a la sectaria y antiespañola tarea de perseguir a los patriotas y desmembrar las organizaciones que se podían oponer a sus turbios y siniestros propósitos de convertir a España en una sucursal y colonia de Moscov, entonces el Ejército y los demás cuerpos armados, «defensores de lo permanente», creyeron llegado el momento de defender los principios de Dios y de la Patria, cuya salvaguardia les estaba confiada, contra los enemigos interiores que, más temibles que los antiguos bárbaros invasores, se habían coaligado con los extranjeros más execrables para consumir la anulación de nuestra personalidad religiosa e histórica. Y se empleó la máxima dialéctica: la violencia; y se jugó la última partida: la de las armas. Ninguna atenuante, ni ningún arreglo podía admitirse cuando se trataba, nada menos, que del ser mismo de España.

Al frente de la rebeldía contra los poderes sectarios y marxistas, se puso un español providencial, un ilustre general que Dios concedió a nuestra Patria, compadeciéndose de sus males seculares, para que fuera el adalid y el caudillo de nuestra reincorporación a la ruta tradicional de grandeza histórica: Francisco Franco.

Y no crea nadie que el movimiento, que la rebeldía fue motivada por razones económicas o reaccionarias. Muy al contrario, «nadie se juega nunca la vida por un bien material». Podía la República realizar abiertamente la más extravagante e injusta reforma social, la que hubiese despojado a los particulares de los bienes de producción, y, sintiendo en mucho la injusticia, jamás el Ejército, ni la Falange, ni el Requeté hubiesen alzado la cabeza en señal de rebeldía; pero se atacó a la religión, se quiso anular a la Patria y se manchó la honra de todos los españoles con horrendos crímenes tramados desde el Gobierno, y por aquí ningún español bien nacido podía pasar; toda disciplina era cooperación a los delitos, todo acatamiento era delincuencia y toda conformidad era traición. Y por no pasar por la categoría de delincuentes y de traidores, se levantaron el Ejército y lo mejor de la juventud española—Falange y Requeté—dispuestos a morir por Dios, por España y por el orden nuevo nacional-sindicalista que se había de implantar, pero jamás por ningún bien ni ventaja material.

Tal es el único sentido que el Alzamiento entraña. Nunca se hubiese jugado la partida de las armas, en la cual se arriesga la vida, si solamente se hubiese intentado defender unos privilegios o unos intereses de grupo, clase o bandería, pues como dice José Antonio: «los bienes materiales, comparados unos con otros, se proponen al bien superior de la vida».

La grandiosidad y sentido universal de alta epopeya que encierra el 18 de Julio, se escapa a los límites de lo humano. Sólo puede darnos un sentido aproximado de la exaltación idealista que originó las gloriosas jornadas del citado mes y las demás de toda la Cruzada, la figura de esos voluntarios falangistas que marchan a combatir a la U. R. S. S. para continuar la lucha que en España iniciamos y aplastar, definitivamente, al bolchevismo destructor, que intentó la colonización y el vilipendio de nuestra Patria.

Pero nuestro Gobierno, atento siempre al estilo del Movimiento falangista, no hace del aniversario de la jornada gloriosa del 18 de julio una efemérides destinada a consumirse en discursos más o menos insubstanciales y en banderolitas, sino que da al día toda la solemnidad de un contenido especial dedicándolo al trabajo, como el valor más alto y la jerarquía más elevada que existe en la nueva sociedad española.